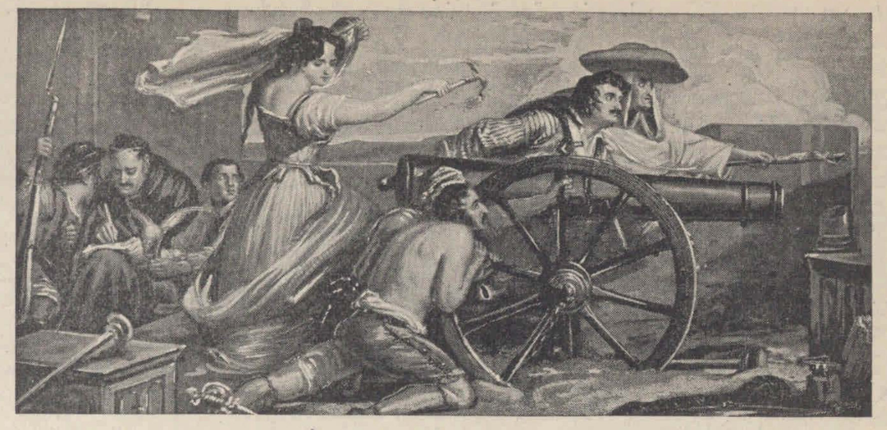


LA HEROÍNA DE ZARAGOZA

AGUSTINA DE ARAGÓN

DESDE los comienzos de la primavera hasta últimos de otoño, pululaban los soldados franceses por los Pirineos. Murat había entrado en España y habíale seguido el propio gran emperador Napoleón, para ejercer su voluntad en el trono de San Fernando y hacer coronar a su hermano José como rey de España. Napoleón, empero, no había contado con lo más importante de todo, el espíritu nacional de patriotismo de que estaba imbuído uno de los pueblos más altivos de Europa. Halló bien pronto levantado en armas contra él y su ejército a todo el país, desorganizado y falto de disciplina, es cierto, pero el espíritu de odio que le animaba contra el extranjero invasor, era mucho más temible de lo que podía esperarse.

Durante el verano las tropas francesas pusieron sitio a Zaragoza, comenzando entonces una lucha tenaz y terrible. El 2 de Agosto de 1808, fingiéronse ataques contra dos de las puertas de la ciudad y dirigieron los franceses al mismo tiempo un alud de granadas contra una batería llamada de Santa Engracia, emplazada en un convento de este nombre, matando a todos sus defensores e inutilizándola. Un parlamentario enviado por el general francés trajo el siguiente mensaje dirigido a Don José de Palafox, capitán general de Aragón:

« Cuartel general de Santa Engracia. Rendíos ».

Y la breve respuesta que le envió Palafox, fué:

« Cuartel general de Zaragoza. Guerra al arma blanca ».

Apoyáronle los ciudadanos todos declarando que se defenderían hasta morir y perecerían todos antes que rendirse. Presentóse entonces el terrible conflicto que había de ser solucionado cuerpo a cuerpo. Levantáronse innumerables barricadas y defendieron los españoles la ciudad con tal tesón, que antes de transcurrir once días retiráronse los franceses desalentados por sus terribles pérdidas.

Contentos de semejante tregua, dedicáronse los zaragozanos con entusiasmo a fortificarse de nuevo, preparándose para el largo sitio que de seguro no tardarían los franceses en repetir. El 20 de Diciembre apareció por segunda vez el ejército francés ante los muros de Zaragoza y pusieron cerco a la ciudad, durando el sitio dos meses; y como el hambre y la fiebre hiciesen grandes estragos entre la población civil, viéronse obligados los supervivientes a firmar una honrosa capitulación.

Durante este segundo sitio, Agustina, conocida con el nombre de *La Heroína de Zaragoza*, consiguió merecida fama.

Muerto su prometido al pie de la batería, corrió a sustituirle. Vésela en el grabado blandiendo la mecha encendida y en ademán de aplicarla a la espoleta para hacer fuego.

Don José de Palafox, comandante general de la ciudad, y un fraile agustino, están apuntando el cañón que descansa en una de las troneras del convento de Santa Engracia. Muchos son los hechos heroicos llevados a cabo por Agustina de Aragón en aquel memorable sitio. Por esto se venera su memoria, tanto como la de Don José de Palafox, en esa ciudad asentada a orillas del caudaloso Ebro.

EL HEROICO SACRIFICIO DE UN HERMANO

DESPUÉS de la última victoria que logró el valiente Manrique, capitán de Fernando I de Aragón, contra el hijo de este rey, el rebelde Marqués de Villena, determinó este último ahorcar a seis de sus prisioneros, en virtud de la suerte igual que iban a sufrir otros seis de los suyos, en poder de los contrarios. Había entre aquéllos un escudero, Martín Saíz Talaré, casado y con hijos, que tenía un hermano menor llamado Juan. Enterado éste de la desgracia del primero, se empeñó en ofrecerse por él a sufrir la última pena. El hermano mayor se negó repetidas veces; pero el más joven, después de argüir muy conmovido que, como su hermano era casado y con hijos pequeños, los cuales quedarían desamparados, era mejor que él muriese en su lugar, puesto que de su muerte no se le seguiría daño a nadie, con tal ahinco rogó al mismo capitán que se cumpliera así la sentencia, que por fin se llevó a cabo tan sublime sacrificio.

TERRIBLE CASTIGO DE UN LADRONZUELO

CIERTO muchacho, empleado en una fábrica, robó varios pedazos de cal viva, guardándoselos en el pecho, para que nadie lo adviertiese. Marchaba muy confiado hacia su casa, cuando en el camino se encontró con un amigo que llevaba de la brida a un caballo, al que iba a dar de beber en un río vecino, y se le ocurrió montar sobre el animal, para acompañar más cómodamente a su amigo al abrevadero.

El caballo, después de beber, se internó en el río para bañarse; y desprevenido el muchacho, vióse de pronto cubierto de agua hasta la cintura, comenzando a sentir en el cuerpo una horrible quemazón que crecía por momentos. La pobre víctima ignoraba que aquel ardor procedía de la elevada temperatura desarrollada por la cal viva en contacto con el agua.

Con la fuerza del dolor el muchacho se lanzó al río con ánimo de ganar la orilla, pero con esto se aumentó el tormento que experimentaba y se hizo tan fuerte, que paralizando los miembros del nadador, le dejó flotando en medio de la corriente.

La cal seguía haciendo hervir el agua alrededor, no tardando en desgarrarle el vientre; siendo lo más triste que el compañero que estaba a la orilla sin poder explicarse a qué obedecía tan inesperado suceso, hasta casi tomaba a risa las contorsiones y gritos de su amigo. Cuando logró sacarle del agua, estaba ya horriblemente desfigurado y no tardó en morir, víctima de aquel robo de poca importancia, que al fin y al cabo no dejaba de ser una acción reprobable.



EL SOLDADO DE MARATÓN

«¡VICTORIA! ¡El triunfo es nuestro!» Y, tras de pronunciar trabajosamente estas palabras, el pobre mancebo, roto y maltrecho, sucumbiendo al dolor y a la fatiga, mas con el rostro iluminado por un gozo supremo, cayó sin vida en brazos de los atenienses que, impacientes por recibir las nuevas que traía, habían salido a la muralla. Corrió de boca en boca la noticia comunicada por aquel valiente que acababa de expirar y pronto se extendió por todos los ámbitos de la ansiosa ciudad, reanimando el decaído espíritu de los habitantes, que se entregaron por ello a los mayores transportes de entusiasmo y alegría.

La historia de aquel triunfo es de las más emocionantes que han registrado los siglos, y remontándonos a 2000 años atrás, resulta que fué una de las primeras batallas decisivas conocidas en el mundo. Darío, el Medo, se había hecho dueño del Asia, e irritado por ciertos disgustos que le ocasionó un pequeño estado griego, reunió sus mejores tropas, convocó las varias tribus que se hallaban bajo su poder y cruzó el mar Egeo para conquistar y someter aquellos minúsculos Estados, de cuya admirable organización así en la paz como en la guerra había oído hablar.

La primera ciudad grande que tenían que conquistar era Atenas, y los atenienses creyeron necesario el auxilio de los famosos espartanos, cuyo Estado se hallaba a unos 960 estadios (192 kilómetros), al Sur, a la otra parte del itsmo de Corinto. El ejército de los medos y persas avanzaba velozmente; y muy pronto había de quedar sitiada la ciudad. ¿Llegarían a tiempo los espartanos? Los gobernantes de Atenas se reunieron en la Acrópolis, para tratar en consejo de tan grave materia; y, enviando a buscar a Feidíppides, un campeón de carrera que había ganado para su patria la corona de mirto en los famosos Juegos Olímpicos que celebraban cada cinco años los Estados griegos, le ordenaron que partiese al momento para Esparta a invocar su auxilio. Dos días y dos noches corrió Feidíppides, cruzando a nado los ríos y trepando por las montañas que encontraba a su paso.

Pero los espartanos tenían envidia y desconfiaban de Atenas. Aunque bravos e intrépidos, eran poco inteligentes y muy supersticiosos; de manera que Feidíppides regresó a Atenas con la noticia de que los espartanos tenían formado su ejército, pero no se pondrían en marcha hasta el plenilunio, según le habían manifestado.

No debían contar, pues, los atenienses más que con sus propios recursos. Los persas habían desembarcado ya, y no había otro remedio que procurar hacerles frente en seguida. El indómito Feidíppides desenvainó su larga espada y embrazando el pesado escudo, marchó al frente de 10.000 hombres escogidos al encuentro del enemigo.

Todos han leído el relato de la batalla de Maratón, en la cual diez mil griegos derrotaron a centenares de miles de medos y persas; y los vencedores griegos enviaron a Feidíppides para que llevara la nueva a la capital. Dejó el joven su

escudo, y salvando sin tomar aliento los 210 estadios (42 kilómetros) que había de distancia, llegó a la ciudad y allí expiró después de haber pronunciado aquellas palabras: ¡Victoria! ¡El triunfo es nuestro!

LOS HOMBRES DEL BIRKENHEAD

NO hace muchos años aún que el vapor Birkenhead emprendía un viaje al Africa del Sur. Iban a bordo, además de la tripulación, un cuerpo de soldados y las esposas e hijos de algunos de éstos. No marchaban a la guerra, sino a reforzar la guarnición de la colonia.

Navegaba el poderoso buque a lo largo de la costa de Africa, en la bahía de Simón, sin el menor recelo de peligro. Era de noche, y casi todos los marineros dormían, cuando de pronto chocó el vapor contra una roca. Todos subieron a cubierta, y en cuanto se dieron cuenta del choque, previeron un desastre, pero no por ello cundió el pánico. Los oficiales dieron las instrucciones del caso, y los hombres obedecieron con igual precisión que si formaran en una parada. Los soldados recibieron orden de ayudar a los marineros y de achicar el agua a fin de mantener a flote el buque; y, para disminuir el peso, hubo que arrojar los caballos al agua. Para muchos fué un trance doloroso el tener que obrar así con sus pobres caballos, pero tampoco hubieran podido salvarlos. El agua seguía entrando sin que valiese el trabajo de las bombas, y a nadie se le ocultó que el Birkenhead se iba a pique.

Echáronse al agua las canoas. El mar no era peligroso para el grandioso buque cuando éste se hallaba indemne, pero sí lo era en extremo para débiles esquifes. Embarcáronse las mujeres y los niños en una lancha grande y dos más chicas, y se pusieron en salvo; otra se hundió por haberle caído encima un palo; dos se sumergieron antes de haberse podido emplear. El casco del navío se rompió en dos mitades, y una de ellas comenzó a hundirse.

Los soldados continuaban formados en fila. El comandante del buque les dijo que podían ganar a nado las canoas, pero el coronel objetó que si así lo hacían no podrían los botes resistir el sobrepeso y naufragarían. Los soldados permanecieron firmes esperando las órdenes de los oficiales. Se les dijo que si ganaban a nado las canoas, éstas zozobrarían y perecerían ahogadas las mujeres y los niños.

No rompieron la formación y esperaron que se hundiera el barco, con igual firmeza que si se hallaran haciendo el ejercicio. Llegaron las dos olas a barrer la cubierta y los bravos soldados se sumergieron en el mar. Toda su esperanza se cifraba en que, llegadas a salvo las canoas a la playa, volvieran para recogerlos a ellos. Unos pocos consiguieron llegar a nado hasta la orilla; otros pudieron sostenerse aferrados a los restos del naufragio, y fueron recogidos al día siguiente por un buque que había auxiliado a las canoas, que no podían ganar la costa; pero la gran mayoría perecieron, con no menos heroísmo que si hubieran caído en el campo de batalla.

En homenaje a la memoria de los que murieron tan bravamente llevan inscripto el nombre de Birkenhead las banderas de los regimientos a que pertenecían aquellos valerosos soldados.

